

Los mundos posibles

de Renato Rodríguez

Enrique Pleta Ramírez

Al sur del Ecuador

Renato Rodríguez irrumpe en la literatura venezolana en forma sorpresiva. La publicación de *Al sur del Equanil* (1963) descubre a un escritor irreverente, mordaz y sobre todo muy fresco en el contar; la novela representa un cambio radical, por renovador y rebelde, para las letras en Venezuela, quizás por esto muy pocos lo apreciaron —y despreciaron al sorpresivo autor—, por el aturdimiento que produjo en un medio pacato donde lo esencial para ser contado era el tema político, especialmente las luchas entre el gobierno y la guerrilla; o quizás por la ceguera oficialista que desde entonces comenzó a reinar en el país.

El autor había sido considerado, casi a despecho, como un marginal dentro de la literatura, aunque no provenía de ninguno de los atiborrados cerros caraqueños, y como tal poca atención se le presta porque poca merecía. Algunos tildan esta primera obra de irreverente, quizás por la frescura rozagante de su lenguaje, que le gana animadversión en el círculo literario venezolano. Marginal o irreverente es una marca que identifica esa solitaria que ya mencionáramos, como se lo confesó a Santos López:

Frecuentemente tengo la impresión de ser una persona incómoda para mucha gente. A mí no me agrada darme cuenta, tener que aceptar que soy una especie de sarnoso. Esto ya viene de muchos años, cuando regresé de Europa y publiqué un libro que nadie

esperaba. No. No soy irreverente, a lo sumo mal educado. Cuando salió *Al sur del Equanil*, me dijeron que era un libro irreverente, en cambio a mí me pareció muy inocente. ¿Marginado? No podría decirte. No sé si soy marginado por los demás o por mí mismo. Creo que he militado siempre en la **solitariedad**, esa es mi profesión.

Una de las primeras notas críticas que se hacen a esta novela aparece en la revista CAL —revista de Ciencia, Arte y Literatura, que en los años sesenta inicia un nuevo sentido en la publicación de revistas culturales en Venezuela—, dirigida por el escritor Guillermo Meneses, quien en su columna “Cal Viva — Cal Boba”, la presenta como una obra fresca, sin mayores pretensiones literarias, que pasea al lector por una serie de pueblos y ciudades, sudamericanas y europeas, bajo la extraña protección de San Cayetanito, milagroso santo que guía y protege al personaje narrador —¿o al autor?— y se acuerda de él en los más imprevistos lugares y situaciones. Así nos lo presenta Guillermo Meneses en aquella primera apreciación:

Al sur del Equanil es obra que se lee con cierto desacomodo que obliga a insistir sobre la circunstancia divertida de ese solitario individuo que rueda por los caminos de la tierra y del mar, guiado y sostenido por el milagro de una protección extraña —la de San Cayetanito— para poder dominar siempre las poco gratas circunstancias de la existencia.

Al sur del Equanil representa contar la voluntad propia del hombre que se considera escritor, que por influencias de un posteriormente derrotado amigo se lanza a la aventura superior de la escritura, al viaje mismo por desconocidas regiones, representado no sólo a través de las grandes ciudades que visita, sino también a partir de la experiencia del lenguaje como acto creador, el viaje visto como punto de partida para la construcción de los mundos posibles que surgen desde lo más profundo de la escritura, del lenguaje, que viene a ser la escenificación de esos mundos alternos, realidad y fábula.

Esta novela es como un despertar para nuestra narrativa, es el fin del largo y embarazoso bostezo de nuestras letras, por lo que se cuenta y cómo se cuenta, por la alegría misma que se desborda por sus páginas; un humor latente y permanente a lo largo de toda su obra posterior, mezcla de la unión profunda entre lo causal y lo necesario como realidad; un humor que está dirigido a todo el mundo para divertir y entretener; “(...) el humor no es ni acrimonioso ni malvado. Es benevolente y conciliador. El bueno humor no quiere herir, ni siquiera criticar demasiado, sino sobre todo divertir”¹; por ello la obra toda de Renato

no se puede etiquetar de "irreverente", menos aún de "marginal", porque sólo pretende divertir; *Al sur del Equanil* es diversión y desahogo y ello será otra de las características esenciales de la narrativa de Renato; parece que a partir de esta obra nuestra narrativa comienza a encontrarse a sí misma, libre de ataduras, sin tapujos que la condicionen, pero no simplemente por la utilización de un lenguaje que ha sido catalogado como "fuerte", obsceno para algunos, pues éste como ya vimos ha sido plenamente usado por otros narradores venezolanos como José Rafael Pocaterra y Antonio Arráiz; tampoco es innovadora por la temática que aborda, pues el viaje fuera del país, narrado en forma humorística y pleno de anécdotas, ya había sido tratado por el novelista Francisco Tosta García en su obra *Don Secundino en París*.

Así apareció la primera obra de este margariteño trashumante, entre copas, milagros y casi por azar; lo que podía ser el reflejo de una vida "Al sur del Ecuador", se convirtió en el remedio que aliviaría —trastocaría— las letras venezolanas.

Invitación a un boche

En 1976, luego de un largo periplo y de un profundo silencio literario, sólo interrumpido por la publicación en Nueva York de unos poemas: *De otra demora* (1972), Renato Rodríguez publica su segunda novela *El Bonche*, dedicada muy especialmente a: "Simón Chávez "El pollo de La Palmita" gloria nacional auténtica, a la memoria de mi gato Micifuz, de mi caballo Príquiti, de mi perro Bravonel y del loro de Inatolla; de Elazar Sananes "Rubito" primer matador de toros de Venezuela, de Víctor Piñero, profeta iluminado del Merecumbé, que puso toda una generación a bonchar", dedicatoria por demás irreverente y humorística, para continuar en lo mismo, que será a su vez la catalogación crítica de la nueva novela de Renato.

Llaman poderosamente la atención, el juego humorístico inicial, las figuras de Anelo Espinoza representando a unos gatos que parafrasean las históricas palabras del Generalísimo Francisco de Miranda al referirse a la Venezuela de comienzos del siglo XIX: "Este país es bochinche, puro bochinche", otorgándole los gatos el crédito a la novela inexistente de Carmen Miranda "A chica chica bonchi" — presentes ya las connotaciones de "Miranda" y "Bonche"— al exclamar: ¡Bonchinche, puro...bonchinche!— en abierta alusión al bonche que será el eje central de esta obra. La burla se inicia entonces desde el mismo momento en que se abre la novela. La ironía comienza a manifestarse en el juego dado entre lo histórico y lo dionisiaco; es la alter-

nancia entre lo posiblemente trágico y lo realmente frívolo, demostrando a su vez la fragilidad de todo hecho o momento serio en el hombre. La ironía trastrueca el todo y los sentidos pueden asumirse de diversas maneras, "(...) por la gracia de la ironía, lo mismo ya no es lo mismo sino otra cosa (...)".²

El Bonche, sin embargo y curiosamente no logra impactar a la crítica más seria —desde la que trabaja en atiborrados cafés de intelectuales, hasta aquella que se apoltrona en vetustos sillones y amplios escritorios— ni siquiera a la menos seria; era simplemente una novela más del ya marginado Renato Rodríguez y eso bastaba. Sin embargo, la novela marca definitivamente a los nuevos narradores de entonces y con ellos, desde luego, a la nueva narrativa venezolana que comienza a gestarse a partir de los años setenta. *El Bonche* consolida el tema musical dentro de la narrativa hispanoamericana iniciado anteriormente por el propio Renato en su primera novela *Al sur del Equanil* (1963) y no como se ha repetido que el tema fue iniciado por Guillermo Cabrera Infante en *Tres tristes tigres* (1967?).

Curiosamente, ese mismo año 1976, el escritor Salvador Garmendia continúa esta temática al publicar su polémico cuento *El inquieto Anacobero*, que recoge aspectos de la vida del cantante puertorriqueño Daniel Santos. Desde entonces no habrá texto narrativo en Hispanoamérica donde no aparezca un bonche armado, con un buen sonero caribeño cantando una de sus estupendas canciones; por la literatura comienzan a desfilar Jaramillo, Infante, Negrete, Pirela, Solís, Santos, Billo...

El personaje central de *El Bonche*, don José Rodríguez del Campo y Verde —margariteño como Renato y como los personajes principales de sus obras narrativas— es un andariego como el famoso *Lazarillo de Tormes*; como David, Augusto, Cirilo o como quiera que se llame el personaje central de *Al sur del Equanil*, y como el personaje mismo, sin mayor identificación, de *La noche escuece*, como Gennaro, el narrador de *¡Viva la pasta!*, o simplemente como el propio autor. Don José parte de unos prolegómenos para contarnos su asistencia a un bonche, encontrándose en la estación de Boro Hall a la espera del tren subterráneo. Las anécdotas, los recuerdos mismos de cada época, el humor desbordante, comienzan a desfilar a lo largo de la novela y es inevitable la risa del lector, como lo es la risa propia de los personajes que se ríen de sí mismos. Dice Kant: "la risa es una emoción nacida de la súbita reducción a nada de una intensa expectativa".³

La narración comienza a visualizarse como el tejer de una trama mayor, que en este caso sería la narratividad total de *El Bonche*, la novela en sí misma; y un fino destejer de historias, de anécdotas que van y

vienen, llevándonos de un lado a otro y dejándonos siempre en el punto inicial donde la trama previamente se corta, demostrando el autor maestría en la narración, en la estructura interna de la obra, porque pese a la gran cantidad de minihistorias que surgen, unas a través del recuerdo que instauran inmediatamente, otras más lejanas en el tiempo; y las otras, las anécdotas más reciente, como acabadas de salir de la vida misma, se encuentran haciendo que el hilo central de la narración jamás se pierda, por el contrario va en progresión, *in crescendo*, creando una atmósfera de ironía, de humor, de paradoja, de vitalidad polifónica, que hará nuestra risa inevitable.

Don José Rodríguez del Campo y Verde asistirá al bonche, y como lectores asistiremos con él, repartirá animosa y misteriosamente aspirina molida como si fuera la más pura cocaína, vivirá un eterno vacilón al lado de la Tebaldi, de Puta Mala, con cada una de las mujeres que se le acercan y lo aman; con el gato Micifuz con quien enredará los hilos de la historia; bailará con los mejores sonos cubanos y caribeños, beberá del mejor vino en finas copas de cristal, aunque ello le cueste temporalmente la amistad de su amigo, escuchará música de todo tipo y hasta jugará con los dioses del Olimpo que le negaron la beca para irse a estudiar al extranjero -¡Gracias a Dios!, exclamará Renato-; y luego de montarnos en el tremendo vacilón, confundiendo las historias del gato y la suya nos manda a todos, los lectores, como indicativo de un final, para el carajo, porque el bonche al cual fuimos invitados ha terminado, y para colmo, acercándose a un árbol y tarareando el himno de éste, levanta su delgada patita peluda y orina, y como colofón, como si lo anterior no bastara, nos deja en plena zozobra al firmar como "Regato". La duda no finaliza sino que permanece: ¿quién cuenta la historia ¿don José? ¿Micifuz? ¿son dos los gatos y firman como Regato?" Finalmente se instaura al Otro: pero, ¿quién es el otro? ¿quién el autor y quién el personaje? Acaso se confundieron las identidades y Uno y Otro son Gato y Hombre u Hombre y Gato. Estas minucias tampoco fueron tocadas hasta ahora por la crítica.

El libro raro ¡Viva la pasta!

Si utilizar el lenguaje para la creación de mundos es situarse al nivel de Dios, el brindar la debida alimentación al hombre es también naturaleza de Dios. Jehová envió el maná divino a sus hijos cuando morían de hambre, y una antigua sospecha atribuye a Moisés la creación de la pasta al ordenar a los hijos de Israel comer sólo pan ázimo o matza.

Valerse del lenguaje para narrar la forma de inmiscuirse en la cocina y tener conocimiento de cómo debe hacerse es precisamente arte. La escritura es un arte. La buena cocina es un arte. La unión de estas artes hace posible que aparezca una novela como *¡Viva la pasta!*, de un escritor que dentro de su marginalidad ha tenido tiempo para degustar y aprender a escribir.

Don Giuseppe enseña, en forma diferente, amena, sencilla, como un verdadero maestro, a "Gennaro" el arte de la cocina, y éste, nombrado también como José, se dedica a novelar el "recetario"; a hacer poesía con las diferentes recetas a la par que van surgiendo las anécdotas explicativas de cada plato, como justificación verdadera de un arte que pareciera estar en decadencia, de un arte que otrora era el placer de los dioses.

¡Viva la pasta! es la narración más original que se haya escrito en Venezuela, en donde se conjugan bellamente anécdotas de hechos y hombres que marcaron el rumbo del mundo, y las distintas formas de preparar un buen plato de pasta, con la historia reciente de su origen y de su importancia. El escritor se vale de un hombre que recién llega a Nueva York y se dedica a buscar trabajo. El propio día de su llegada se encuentra con un taxista que le reafirma que la mayoría de los problemas sociales que se viven en el mundo son producto de la pérdida de la unión familiar y del respeto a la hora del almuerzo, pues ya nadie a esto le da importancia. Este comentario sumerge a José —Otro José, como el personaje de *El Bonche*, pero llamado esta vez Gennaro por don Giuseppe, instaurándose nuevamente el juego de los hombres, la alteridad misma que pareciera ser signo vital de la narrativa de Renato Rodríguez— en miles de pensamientos que lo llevan a confirmar tal afirmación y por ello se esmera en aprender de su viejo maestro el arte de la cocina, como tal, como el deleite de la creación para satisfacción del Dios, y lo crea el personaje que está siendo a su vez creado por el escritor: es decir, escritura y cocina se combinan como artes en este libro.

El libro en conjunto es un verdadero canto al llamado arte culinario, que invita a disfrutar de buenos platos, haciendo honor a la tradición de que éste es un arte de los dioses, y así se lo inculca don Giuseppe a su joven aprendiz, a quien toma tanto aprecio a raíz del aprendizaje que comienza a pensar en dejarle "Il Giardino" como herencia, en la creencia bien fundamentada de que sus hijos no continuarán la tradición familiar de varias generaciones de cocineros; estos a su muerte lo venderán a *il capo mafioso* del barrio y se dedicarán al *rock and roll*. Tony, *il capo* del barrio, quien se ha hecho bastante amigo de Gennaro, es el nuevo propietario y le propone que se quede trabajando con él, pero

Gennaro no acepta pues ya no existe la tradición ni el aprendizaje.

Don Giuseppe es un personaje de trascendencia en la obra: inicialmente es el patrón de José, posteriormente su maestro no sólo en la cocina sino en su formación cultural, desde la musical, pasando por la literatura, la histórica, hasta la guerrera; es igualmente un crítico profundo de la sociedad, de ésta en la que se desenvuelve en Nueva York como inmigrante, y de esa diferencia de castas entre los italianos que los divide en Los del Norte, ricos, poderosos y cultos, y Los del Sur, pobres e incultos, por ello siente enorme placer cuando Gennaro declara a la madre de María, con orgullo, ser Napolitano, aunque no sea más que el hijo de una isla caribeña: Margarita.

¡Viva la pasta! es novela desde el ángulo de la creación literaria; es recetario novelado visto el ofrecimiento de las recetas que allí aparecen para la distintas preparaciones de la pasta.

La llaman algunos una novela gastronómica, un libro raro la considera otros; algunos han dicho que su narrativa se asemeja a la iniciación esotérica, por la forma de contar el aprendizaje inicial de la comida italiana, y por el desfile del amor, la muerte y la mafia, que le otorgan el grado novelesco necesario; otros han dicho que se trata de una novela de cocina, y los menos la consideran un simple recetario. En lo que casi toda la crítica ha estado de acuerdo es en otorgarle el crédito como primera novela gastronómica del país.

Quizás la apreciación más correcta sea la que le ha dado Victoria de Stéfano, al llamarla "tratado de gastrosofía" pues ve en ella el arte propio de la escritura, de la imaginación literaria, unido al arte de la cocina:

Este, más que un libro de cocina, que también puede serlo, es un tratado de gastrosofía y una novela sobre las enseñanzas de un arte y un oficio que resume en sí la noble disposición de ánimo de todas las artes y los oficios, sean serviles o liberales. Pues lo que cuenta es la imaginación y el espíritu, tanto para hacer la pizza como para hacer poesía o componer música: (...)

El autor, no obstante, haciendo gala una vez más de su sentido humorístico, razona de otro modo. Le hemos oído decir que si existe la fotonovela, la radionovela, así como la telenovela, no hay razón para que una novela culinaria no sea llamada con toda propiedad, como él lo hace, "culinovela", enfatizando la diferencia entre Gastronomía y Culinaria. El gastrónomo es al Arte Culinario lo que el crítico a la literatura o a cualquier otra forma de Arte.

El escozor de la noche

El enfrentamiento con la soledad es un hecho bastante preocupante, que puede hasta causar temor y llevar a la muerte. Si esa soledad persiste, como inevitable compañera, en cuanto pueblo o ciudad se visite, llegará a ser intolerable y a causar daños propios irreversibles y dará origen a la angustia, de la cual probablemente jamás se escape.

La odisea del enfrentamiento del hombre contra su soledad natural e irresistible, en tanto que compañera que crea el escozor, es el tema esencial tratado por Renato Rodríguez en *La noche escuece* (Caracas, 1985). Es ésta una novela que presenta una profunda carga existencial, que indaga en la búsqueda misma del hombre —esto se repite a lo largo de toda su obra narrativa—, como forma de justificar el conocimiento de su Nombre, que lo libraría de la condena eterna; en su identidad como venezolano, que comienza a cambiar o hasta a perderse por los vericuetos de la historia, por la propia falta de perspectiva y de sentido del porvenir.

Esa falta de sentido es, quizás, la que lleve al personaje narrador a perder el amor de mujeres como Prudencia, quien le entrega todo y lo invita a vivir en una paz bucólica a la cual no está acostumbrado; Leticia, que lo hace consentido de lenocinio y le brinda la oportunidad de tranquilizarse; Lucinha, quien le propone llevarlo hasta Europa; Margarita, que le ofrecía una buena herencia en San Cristóbal; Teresita, que deseaba que la acompañara hasta Londres... ¡Y tantas otras!, que fueron quedando atrás, lejanas en el tiempo y él sin lograr la ansiada tranquilidad: “no estoy seguro de que haya sido en aquellos días cuando comenzó mi desazón.”⁵

La novela narra el paso de un país que se debate entre la dictadura y la democracia; país que está sufriendo radicales transformaciones. En ella se nota la presencia de cierta cantidad de personajes muy bien definidos, como el abogado Antonio Gómez Spreller, quien enseña al protagonista a ser “un buen testigo falso”; Pedrito el Artista, quien le diferencia a perfección el atracador del ladrón; Artemio López Zambrano, quien desea retenerlo en el Táchira y casarlo con su sobrina huérfana; Aurelio, quien le muestra de sopetón su peligrosa condición de sospechoso; el Negro, que lo lleva a recorrer casi todo el país con el ferviente deseo de hacerlo torero y un día “saltar el charco”; y él mismo, el narrador que deambula por toda la obra sin rumbo fijo y sin nombre propio, con la única identificación de margariteño, como lo es el propio autor, quien aparece por allí y a fuer de silencioso no se llega a saber si es mudo.

El personaje narrador aparece como hombre que todo lo enjuicia, es un descreído porque no deja de dudar de algunas transformaciones, pero paradójicamente, siempre trata de encontrar lo positivo en un país que aún puede ser mejor; se burla de sí mismo, se ríe de sus propias

desventuras, aunque en esa risa esconda su melancolía y el deseo de ser de algún lado, de tener hogar: "Artemio López Zambrano tenía razón excepto cuando me decía que me sintiera como en mi casa, si yo no sabía lo que era sentirse en casa, yo nunca había tenido casa."⁶

Es la presencia misma del desarraigo, a través de la cual se cuele cierto grado de amargura que no soslaya en ningún momento el profundo humor que persiste a lo largo de toda la narración. La novela va relatando la vida cotidiana de un hombre cualquier que está deseoso de lanzarse a correr aventuras, y en medio de ellas ve cómo se le escapa su paraíso infantil, volviéndose un ser de ninguna parte; ella le refleja ese escozor que persiste en todo hombre, y que lo abruma especialmente por las noches, del cual es mejor burlarse al descubrir que no se le puede separar; escozor que proviene de su más profunda soledad: "Tenía que seguir caminando en medio de aquella inmensa soledad y aquel denso silencio. Aquel silencio, aquella soledad y la impenetrable oscuridad me inspiraban un gran temor."⁷

Esta novela instaaura a Renato Rodríguez como verdadero creador, como un escritor de relevancia en el ámbito hispanoamericano; es quizás la obra mejor trabajada de cuantas ha publicado hasta ahora; tenemos conocimiento de dos novelas inéditas aún, que son a nuestro juicio su máxima expresión narrativa: *El embrujo del olor a huevos fritos*, en la cual Renato trabajó durante veintidós años, e *Ínsulas*, en donde puede apreciarse el regreso a la reafirmación de los sueños, el regreso al perdido paraíso, en la búsqueda de la sirena morena que de París había traído el señor Rosenthal, o de aquellas "mujeres" de arena que a la orilla del mar eran "creadas", pero se marchaban por la noche, al salir la luna, con la pleamar, convertidas, según Joche, en sirenas verdaderas...

Por otra parte, la crítica más especializada ve en *La noche escuece* el punto culminante en la narrativa de Renato, y esto es importante porque los criterios ahora se asumen con seriedad y madurez, al conocerse todo un corpus narrativo que permite hacer balance de la evolución de la obra en general y del autor mismo.

Notas

¹ Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*. 2ª edic. Mayagüez, Universidad de Puerto Rico, 1975, p. 106.

² Wladimir Jankelevitch. *La ironía*. Madrid, Taurus, 1982, p. 67.

³ Citado por Alfred Stern. *Op. cit.*, p. 24.

* Regato es también un remanso poco profundo, una acequia de riego.

⁴ Victoria de Stefano. *Renato Rodríguez o la anatomía de la pasta*. En: *El Nacional*. Caracas, 28-4-1985. ("Feriado", p. 1).

⁵ Renato Rodríguez. *La noche escuece*. p.55.

⁶ *Ibid.* p.131.

⁷ *Ibid.* p. 165.